

LA NOCHE EN QUE LA PAZ DESPERTÓ

Un cuento de Navidad para quienes sirven a la Patria



DIOS NACIÓ EN LA INTEMPERIE
PARA HABITAR LA INTEMPERIE
DE QUIENES SIRVEN.

LA NOCHE EN QUE LA PAZ DESPERTÓ

UN CUENTO DE NAVIDAD PARA QUIENES
SIRVEN A LA PATRIA.



Aquella noche, el
viento parecía
susurrar secretos
ancestrales a los
árboles desnudos,
llevando consigo
un eco que vibraba
en el silencio.
La creación entera
aguardaba en una
quietud expectante
que anunciaba la
inminencia de algo
extraordinario, algo
que trascendería el
tiempo y el espacio.
El aire mismo estaba
cargado de una
promesa.



Mientras tanto, a lo largo y ancho de la geografía, mujeres y hombres con uniforme y de todas las Fuerzas, cumplían su deber: En puestos remotos, en patrullas silenciosas, en centros de operaciones bulliciosos o en la soledad de una torre de control, mantenían la vigilia. Sus ojos, aunque cansados, reflejaban la disciplina y el compromiso inquebrantable con la paz y la seguridad de la Nación, ajenos aún al milagro que estaba por desvelarse en la quietud de la noche.



Entre ellos, estaban los Capellanes, sacerdotes de Dios. Con su presencia discreta y sus palabras de aliento, se movían silenciosamente, acompañando y sosteniendo. Eran faros de fe y consuelo en la dureza del servicio, compartiendo mates en la guardia o escuchando confidencias bajo la luz de una linterna, tejiendo lazos y puentes invisibles de esperanza y hermandad.



De pronto, el silencio
de la noche se rasgó.

Una luz poderosa y
deslumbrante, más
brillante que cien
reflectores, atravesó
el cielo. No era un
avión, ni una estrella
fugaz, sino un
resplandor vivo que se
detuvo sobre un lugar
humilde. Y con la luz,
una voz que no era de
este mundo resonó en
los oídos y el alma de
los vigilantes:

*“No teman, les traigo
una buena noticia de
gran alegría que es para
todo el pueblo.”*

(Lc 2,10)



El mensaje era claro, como el sonido de una trompeta celestial que disipa la bruma de la duda y el miedo. Era la respuesta a todas las oraciones silenciosas elevadas desde el desierto de la soledad.

El ángel lo repitió con una autoridad dulce y firme, sellando la promesa de Dios con los hombres:

*“Hoy ha nacido para ustedes el Salvador,
el Mesías, el Señor.”*



Como los pastores de antaño, que dejaron sus rebaños para ir al encuentro de lo esencial, estos servidores de la Patria sintieron una urgencia irresistible.

Dejaron momentáneamente sus puestos (confiando en que la Paz velaría por ellos), y comenzaron a moverse, algunos en silencio, otros en pequeñas formaciones, siguiendo la luz que se había detenido en un punto lejano. No importaba el rango ni la fuerza; todos eran peregrinos hacia la Esperanza.



La luz los guió hasta el sitio más improbable: un pesebre humilde. Allí encontraron la señal prometida: “Encontrarán a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.”(Lc 2,12)

La grandeza no estaba en el oro, sino en la fragilidad de un bebé. En el niño recién nacido, rodeado por María y José, estaba el origen de la verdadera Paz que habían jurado proteger.



Los uniformados, acostumbrados a la posición de firmes y a la obediencia estricta, cayeron de rodillas. Era una rendición total, no ante una autoridad terrenal, sino ante la Majestad que se hizo carne. Allí, la jerarquía se disolvió en la fe; el rango era la humildad. Reconocieron que la Paz no se impone con las armas, sino que se recibe de rodillas en el corazón. Por un instante, el acero de sus insignias reflejó la luz del Niño, simbolizando que el servicio a la Patria es santificado por el servicio al Creador.



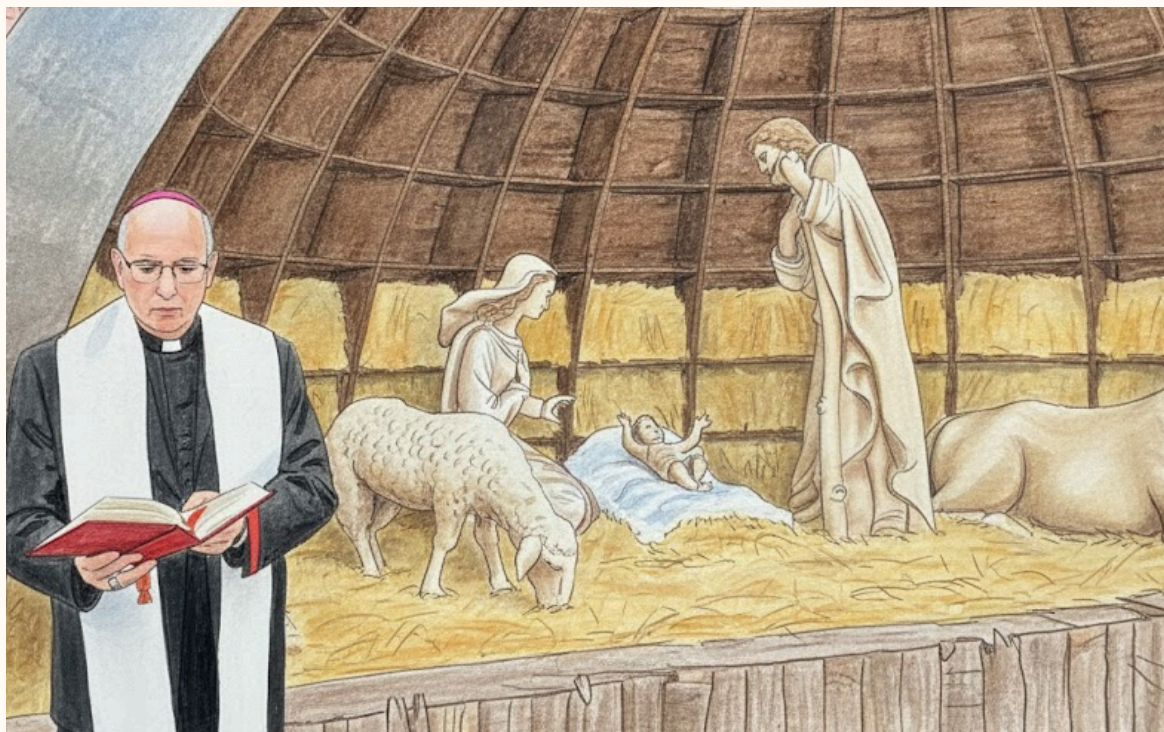
Al levantarse, la misión había cobrado un nuevo sentido, un eco eterno que resonaba con la palabra de los santos que sirvieron a Dios en la intemperie: “Hay que gastarse por entero por la salvación de las almas,” como dijo el Cura Brochero. Su juramento de servir a la Patria se expandió para incluir el juramento de llevar esa Luz y esa Paz a cada rincón oscuro de la humanidad. El servicio ya no era solo un deber; era una vocación sagrada.



Regresaron distintos. Sus pasos eran firmes, pero su espíritu era liviano. Habían visto la Esperanza encarnada y el verdadero rostro del amor desarmado. Volvieron a sus puestos, a la torre de control, al helicóptero o al cuartel, pero ahora la rutina estaba santificada. Sabían que el servicio más noble era aquel que se daba en honor a Aquel que había nacido en la intemperie por amor a ellos. La guardia se había transformado en un altar.



La misión del capellán, testigo de este milagro de la fe en la dureza de la vida militar, también se renovaba: acompañar, sostener y consolar, recordando siempre a sus hermanos de armas que, en cada dificultad, el Niño Dios está presente. Él es la Paz que no quita el conflicto, pero que da la fuerza para enfrentarlo con amor y dignidad.



Que el Príncipe de la Paz, Emmanuel, el “Dios con nosotros” bendiga a quienes cuidan la paz y sostenga su servicio con amor inagotable.

¡FELIZ Y BENDECIDA NAVIDAD A LOS SERVIDORES
DE NUESTRA PATRIA!